

la cual disfrutaba de grandes privilegios. Querrelábanse de que había celebrado la paz sin oír el consejo de los que sostenían el peso de la guerra; y el rumor divulgado por ellos de que el soldan meditaba el proyecto de dar muerte á los principales emires, hizo estallar el fuego de la rebeldía. Moadham fué degollado tres dias antes de aquel en que los cristianos debían ver quebrantadas sus cadenas, y con él acabó la dinastía de los Ayubitas. Una turba de esclavos se apoderó del gobierno, y su despotismo pesó sobre la tierra de los Faraones hasta el momento en que otro ejército francés determinó en nuestros dias una revolucion que exterminó á los mamelucos.

Muy poco faltó para que los rebeldes asesinaran á los príncipes franceses. Pero luego que se calmó su primera furia, experimentaron en presencia de San Luis un sentimiento de respeto y la necesidad de justificar el asesinato que acababan de cometer; hasta le propusieron hacerle rey de Egipto. Al oír su negativa confiaron el poder á la sultana Sagger-Eddour, que ya lo había ejercido, y que habiendo sido excluida por su hijo, fué la principal instigadora de su ruina; el turcomano Ezzeddin-Ibek, que había ido á Egipto en calidad de esclavo, le fué dado por atabek. Entonces las monedas llevaron por sello el nombre de una mujer, y hasta de una esclava; novedad que desagradó al califa, y de la cual nacieron disturbios, y mientras duraron permaneció la suerte de los cristianos en una terrible incertidumbre. Por último, fué ratificado en convenio; los emires debían jurar observarle, bajo pena de ser declarados infames como el que hace el viaje á la Meca con la cabeza descubierta, ó vuelve á admitir á su mujer despues de haberla repudiado; y Luis, á semejanza del que reniega de Dios, debía escupir la cruz y hollarla con su planta. Pero él rechazó semejante fórmula como blasfematoria é indigna de un rey, y estuvo en muy poco que produjera la pérdida de su ejército la negativa. Sin embargo, los emires acabaron por contentarse con su palabra, diciendo: *Es el cristiano más soberbio que se ha visto nunca en Levante.*

Despues de la rendición de Damietta, contravinieron los musulmanes á lo que se había estipulado, dieron muerte á los enfermos que se

habían quedado en la plaza. Proponíanse exterminar también á los prisioneros, y asegurar de este modo el país contra nuevos ataques; pero la codicia apaciguó la sed de sangre, y les ocurrió que *los muertos no pagan rescate.* El islamismo triunfó en esta victoria, y la siguiente canción árabe era repetida en todo el Oriente:

»Cuando vieres al rey frances, dile estas palabras de amor sincero:

»Viniste á Egipto, ambicionaste riquezas, quisiste desvanecer sus fuerzas como el humo.

»Mira ahora tu ejército, y contempla como tu lijereza te ha precipitado en el sepulcro.

»De cincuenta mil combatientes no hay uno que no haya sido muerto, ó prisionero, ó cubierto de heridas.

»Si le ocurriere vengar su derrota, si un motivo cualquiera le trajere de nuevo á estas playas,

»Dile que la casa del hijo de Lokman está ya preparada para que le sirva de sepultura, y que hallará también allí sus cadenas con el eunuco Sabyh, quien hará las veces de los ángeles Mouhir y Nakir, que preguntan á los muertos: *¿Cuál es tu Señor? ¿Quién es tu Profeta?*»

Así era tan grande el terror en Occidente como el júbilo de los infieles. Francia se hallaba anegada en llanto; el papa escribía cartas de pésame á Luis y á Blanca; todos los reyes protestaban de su voluntad de cruzarse; Federico II echaba la culpa de todo el mal acontecido al papa, y equipaba bajeles en Sicilia. Sólo algunos piratas italianos se aprovecharon de este descalabro para depoujar á los cruzados que volvían á sus hogares, y Florencia se regocijó de ello por la enemistad que tenía á los franceses.

En estas circunstancias dolorosas, se pusieron las gentes á repetir que Cristo estaba irritado contra los señores y que no admitía sus obras, sino las del pueblo. Un húngaro, llamado Jacobo, de cabellos blancos, de descardenado cuerpo, andaba predicando la libertad de Jerusalem y del rey de una parte á otra; una multitud de pastores y de labradores le seguía, agrupándose en torno de la bandera que había enarbolado, y donde se veía el corredo de Dios. Le llamaban *el soberano de Hungría*: decía que la Santísima Virgen le había

entregado una carta para los pastores de Tierra Santa, y por eso llevaba siempre cerrado el puño; y se contaba que sus sectarios, llamados pastorcillos, sostenidos como estaban por la caridad, multiplicaban los panes. Habíanse reunido en Flandes y en Picardía: despues se dirigieron á Amiens y enseguida á París, reclutándose entre el más vil populacho, y entregándose á excesos que nadie se atrevía á reprimir, atendida la intencion que les animaba. Exaltólos la impunidad, y comenzaron á declamar contra el clero, despues contra el papa, se erigieron en sacerdotes, en predicadores, y lanzaron entre la muchedumbre palabras, cuyo efecto es sumamente poderoso. Saliendo de París en número de mas de diez mil, y repitiendo en altas voces que partían con direccion á Levante, lo devastaban todo á su paso; pero exasperado el pueblo de Bourges, los acometió, los puso en derrota, y se cebó en ellos enfurecido; otros fueron destrozados en Burdeos y en Inglaterra.

Entretanto los mamelucos de Egipto, reconciliados con el soldan de Damasco, volvían á empezar la guerra: las enfermedades mermaban las filas de los cadáveres quedaban sin sepultura. Por último, cristianos y los cargándolos San Luis en sus brazos, empezó á enterrarlos, y estimuló á los demas su ejemplo. Habiendo pagado el piadoso rey la mitad de su rescate, y dejado á mayor abundamiento doce mil prisioneros en rehenes, arribó á San Juan de Acre. Desde allí envió el resto de la suma prometida, pero sólo llegaron á incorporársele cuatrocientos cautivos: algunos habían sido muertos, otros habían renegado de su fé ó se les había retenido. Luis permanecía en lucha entre el deseo de libertar á tantas gentes y las necesidades de su reino que reclamaban su presencia. Pero cuando supo la muerte de Blanca, su madre, se decidió á hacerse á la vela, despues de haber provisto á la defensa de las ciudades de la costa (Abril de 1254). Hasta rehusó visitar el Santo Sepulcro, como se lo proponía el soldan de Damasco no queriendo entrar como peregrino donde esperaba entrar dentro de poco en triunfo.

La Hostia Santa había sido trasladada á los bajeles, donde los altares, los sacerdotes, los oficios divinos, los consuelos del Viático, daban testimonio de que llevaban á bordo los restos

de un ejército cristiano. Luis bendecía al Señor por haberle sacado de los peligros de la tierra y de una terrible borrasca que le asaltó á su retorno. Despues de habernos escapado de estos dos peligros, dice Joinville, el rey se sentó en la borda de la nave, hizo que me sentara á sus pies, y me habló de esta manera: *Senescal, bien nos ha demostrado Dios su poder inmenso, porque uno de esos vientecillos, no el más formidable de los cuatro vientos, debía haber ahogado al rey de Francia, á su esposa, y á sus hijos y á toda su compañía: de consiguiente, debemos darle gracias por habernos librado de tamaño peligro.*

«El buen santo rey no podía cansarse de hablar del peligro pasado, y de cómo Dios nos había mostrado su gran poderío, y me decía: *Senescal, cuando acontecen á las gentes tales tribulaciones ó grandes enfermedades ó otras persecuciones, dicen los santos que son amenazas de Dios Señor Nuestro, porque es como si Dios dijera á los que se libran de enfermedades peligrosas: Considerad que os hubiera hecho morir sólo con haber querido. Ahora bien, añadió el rey, nos corresponde atender á no obrar cosa que le desagrade, y á no desviarnos de nuestros deberes; porque si procedemos de otro modo con esta amenaza que nos ha hecho, nos herirá con la muerte ó con otra gran desventura, con detrimento de nuestro cuerpo y de nuestras almas.»*

Este rey que desde la cubierta de su nave predicaba á los escasos restos que traía de una expedición desventurada, nos ofrece el verdadero tipo de un caballero y de un cruzado de aquel tiempo; tipo admirable con doble motivo á los ojos del que, bajo aquel traje de peregrino y este idioma de monje, reconoce á uno de los insignes reyes que se han ceñido en Europa la corona.

Otras expediciones emprendidas á impulsos de un repentino entusiasmo, habían correspondido á los deseos de todos. No acontecia así en ésta, en la cual á todo se había atendido, á la que habían asistido los señores por obedecer á su jefe y no por impulso propio, en la que el mejor de los reyes mantenía la disciplina y edificaba con sus ejemplos. No se sacó de ella otra gloria que haber soportado dignamente el infortunio. Pero si los siglos siguientes conocieron constantemente cuán importante era para

la Francia tener una colonia en Africa, no se negará á San Luis el loor que merece por haberlo juzgado así desde entonces, por más que no saliese airoso en su empresa. Poseidos los egipcios de miedo, derrocaron á Damietta y llenaron de escombros la embocadura del Nilo.

En Palestina volvieron á estallar las discordias que habia amortiguado el peligro, entre los templarios y los hospitalarios, entre los genoveses y los venecianos, y fueron acibaradas hasta el punto de producir á veces efusion de sangre. En Egipto, el poder fundado por la usurpacion era presa de nuevas usurpaciones, y todas paraban en el despotismo militar en último resultado. Cuando cayeron sobre el país los mongoles, tenian los mamelucos á su cabeza á Koutouz, el más valeroso de los emires, y derrotaron á aquellos formidables enemigos. Quisieron entonces llevar la guerra á los cristianos que se habian mostrado propicios á los tártaros, y como Koutouz se oponia á su deseo, le asesinaron, sustituyéndole Bibars, su asesino. Este nuevo soldan, *columna del islamismo y padre de las victorias*, empezó inmediatamente las hostilidades, apoderándose de muchas ciudades y destruyéndolas. Se enseñoreó facilmente de Antioquia, y la entregó á una devastacion horrible; talo la Armenia y amenazó á Tolemaida; se llevó prisioneros á todos los que se habian escapado de la cimitarra y rehusaban renegar de su fé: así «no hubo esclavo de esclavo, que no tuviera un esclavo.» Si algun principe le enviaba un mensajero para ablandarle, le respondia: *Voy inmediatamente á talar vuestras tierras, y asediaré vuestra capital muy en breve.* A sus ojos era un mérito la matanza, y describia en estos términos al conde de Trípoli la toma de Antioquia: «Caía la muerte sobre los sitiados por todas partes y de todas maneras. Exterminamos á todos los que estaban destinados á custodiar la ciudad y á defender sus baluartes. Si hubieras visto á tus ginetes hollados por los piés de los caballos, á tus provincias entregadas al saqueo, tus riquezas pesadas en la balanza, las mujeres de tus súbditos vendidas en pública subasta; si hubieras visto las cruces y los púlpitos por tierra, las ojas del Evangelio dispersadas al viento, violados los sepulcros de los patriarcas; si hubieras visto á los musulmanes, tus enemigos, andar sobre el tabernáculo,

inmolar en el santuario al monje, al diácono, al sacerdote; si hubieras visto presa de las llamas tus palacios, los muertos devorados por el fuego de este mundo, las iglesias de San Pablo y de San Pedro, derrocadas hasta su último cimiento, hubieras exclamado de seguro. *¡Plegue á Dios que sea yo tambien reducido á polvo!*

Estas terribles noticias llegaron á Europa al mismo tiempo que los últimos suspiros del imperio latino (1258). Balduino II, que todavía llevaba el título de emperador, sólo con las limosnas de la cristiandad se sostenia en Constantinopla. El plomo que cubria la techumbre de las iglesias, el material de los edificios públicos, todo se vendia, hasta las reliquias, para suministrar lo necesario á la humilde cocina imperial. Dejó Balduino á su hijo en rehenes en poder de los venecianos, y no pudo dar á un mercader á quien debia cincuenta libras, otra fianza que la palabra del rey de Francia.

Vatacio continuó incomodando á los latinos, y despues de él su hijo Teodoro Láscaris; pero como al morir tan prematuramente éste dejó sólo un niño de tierna edad, llamado Juan, Miguel Paleólogo concibió ambiciosos proyectos. Habiendo conseguido con la astucia y el crimen obtener la tutela del jóven principe, se hizo decretar el título de déspota, aceptar despues como colega al imperio, y por último coronarse solo; despues, habiendo ganado á sus súbditos por medio de concesiones, pensó en triunfar del enemigo. Una tregua que fingió conceder, le proporcionó la ocasion de sorprender á Constantinopla. La invadió en plena paz, sin que un soldado sacase la espada para defenderla, y por todas partes gritaban: *¡Viva Miguel Paleólogo, emperador de los romanos!* antes que Balduino sospechase el peligro. Este último de los emperadores latinos, que habia reinado treinta y siete años en Constantinopla, consiguió huir, y pasó su ancianidad como su juventud, recorriendo y mendigando por toda Europa. Los emperadores de Nicea ascendian de esta manera al trono de Constantinopla; y despues de haber mandado Miguel sacar los ojos al jóven Láscaris, fundó la dinastía de los Paleólogos.

Resonaba en Europa el rumor de estos acontecimientos; pero los principes se contentaron con expedir mensajes al soldan del Cairo, pidiéndole la paz, lo que excitaba su orgullo á

continuar la guerra. Sólo San Luis, llevando siempre la cruz en su traje, anunció la intencion de intentar una nueva expedicion. Habiendo reunido el parlamento en el Louvre, se presentó allí con la corona de espinas, y anunció su intencion de ir á pelear contra los infieles (1267). Tomó la cruz de manos del legado, y muchos señores la recibieron con él. Percibiéronse cuatro años de los diezmos del clero y una capitacion sobre sus súbditos. Las gentes prudentes desaprobaron esta empresa, y Joinville no quiso tomar parte en ella, diciendo que los que le aconsejaban al rey pecaban mortalmente; sin embargo, muchos se le unieron, y se consideró como de buen augurio el mensaje por el cual el khan de los mongoles proponia al papa aliarse con los cristianos para abatir á los mamelucos.

Despues de haber pasado Luis tres años en sus preparativos, se dió á la vela (1.º de Julio de 1270); y cuando se esperaba se dirigiese hácia Acre, último refugio de los cristianos, ó hácia Egipto, se encaminó á Túnez. El principe de aquel país habia enviado varias veces embajadores á Francia, mostrándose dispuesto á abrazar la religion cristiana, y Luis se lisonjeó de convertir por las armas esta extensa comarca. Tal vez estaba engañado por las invenciones de Carlos de Anjou, á quien le importaba mucho más como rey de Sicilia que fuese destruida aquella guarida de piratas. Pero el buen rey decia que nada le causaria tanta alegría como tener en las fuentes bautismales un principe musulman; y se declaraba pronto á pasar toda su vida en un calabozo sin ver el sol, con tal de que se convirtiese el rey de Tunes.

Desembarcó en una bahía (18 de Julio de 1270) á nueve millas de Tunes, y pronto la bandera de las lises ondeó sobre la ciudadela y ciudad de Cartago. Pero lejos de pensar el rey de Tunes en el bautismo, le envió á decir que iba á caer sobre él, al frente de cien mil combatientes. En efecto, llamaba á sus banderas á todos los musulmanes de Africa, y no cesaba de incomodar á los cristianos. Faltaba el agua; la arena del desierto, levantada artificialmente, impedia la respiracion. La disenteria y la peste ejercieron sus estragos entre los cristianos, que encerrados en su campo, se veian forzados á estar constantemente á la defensiva. Nacido el

jóven Tristan dentro de las murallas de Damietta, que el rey amaba tiernamente, fué una de las primeras victimas; despues de él, el legado del pontífice y otros señores sucumbieron al contagio. Lejos de perder Luis el valor, sostenia el de sus compañeros; pero atacado tambien de la plaga, se hizo colocar delante de una cruz invocando á aquel que habia sufrido en ella. Habiendo hecho llamar á su hijo Felipe, destinado á sucederle, le dirigió su última despedida: «Hijo mio, le dijo, manten las buenas costumbres en e reino y corrige las malas. Guárdate de desear mucho, como tambien de imponer á tu pueblo tallas ó subsidios excesivos, á no ser por necesidad ó por la defensa del reino. Si sientes alguna cólera, dilo al momento á tu confesor ó á otras personas que den buenos consejos; de esta manera podrás calmarla con los consuelos que recibas. Haz de manera de tener á tu lado gentes prudentes y leales; escucha la palabra de Dios, enciérrala en tu corazon, y ten cuidado constante de proveerte de oraciones y perdones. Sé celoso de tu honor; no sufras que se profieran en tu presencia palabras propias para excitar á pecar, ni que se maldiga delante ó detrás. Haz justicia y concede su derecho á todos, pobres ó ricos. Muéstrate liberal para con tus servidores, y sosten tu palabra, á fin de que te amen y teman como á su señor. Si existe alguna diferencia, infórmate hasta que sepas la verdad, ya se trate de tí ó de los demas. Si te advirtiesen que posees el bien ajeno, sea habiéndolo adquirido tú ó tus predecesores, haz de manera de devolverlo al momento. Dedicat á que en tu reinado se viva en paz y justicia. Conserva las franquicias y libertades sostenidas por tus predecesores; porque si tus ciudades son ricas y poderosas, los enemigos se guardarán de sitiárlas. Cuando la viuda y el huérfano desfallezcan á tu vista, toma su partido contra el fuerte, hasta que hayas llegado á conocer la verdad. Evita sobre todo la guerra con los cristianos; pero si te ves forzado á ella, haz que el pobre pueblo no sufra. Concede autoridad á las personas que sepan usar de ella, y castígalos si abusan; porque si debes odiar el mal en los demas, debes odiarle aún mucho más en aquellos que han recibido el poder de tí.»

Terminó bendiciéndole y deseándole las fe-

licidades de la vida eterna. Después de haberse despedido tiernamente de los que le rodeaban, no quiso pensar más que en Dios. Orando con fervor, invocando á San Dionisio, como lo hacia en los combates, y con el nombre de Jerusalen en los labios, fué como dió el último suspiro (25 de Agosto).

Quedó consternado el ejército, tanto por la pérdida de semejante rey, como por la falta de un jefe, estando Felipe muy enfermo. Pero habiendo llegado en aquel mismo día de Sicilia Carlos de Anjou, tomó el mando y prosiguió la guerra. Vieron los soldados con alegría el momento en que abandonaron sus trincheras, y sus armas fueron victoriosas. Estos triunfos determinaron al rey de Túnez á proponer la paz, y fué concluida indemnizando á los franceses de los gastos de la guerra con 200.000 onzas de oro, los prisioneros se restituirían por una y otra parte, y se pagarían anualmente cuarenta mil escudos de oro al rey de Sicilia.

Embarcóse el ejército para esta isla; pero una terrible tempestad hizo perecer diez y ocho navíos de alto bordo, muchos pequeños y cuatro mil cruzados. El rey de Sicilia, que ante todo pensaba en que la expedición le fuera provechosa, propuso á los cruzados conquistar la Grecia; y á su negativa se apropió los navíos y restos del naufragio. De esta manera, los franceses no llevaron á su patria más que luto y espectáculo de miserias.

Como se ignoraba entonces el arte de los embalsamamientos, se había hecho coser el cuerpo del rey difunto. Sus entrañas fueron enviadas por Carlos á Montreal de Palermo; sus huesos y corazón quedaron en el ejército, hasta el momento en que Felipe los llevó á Francia con los restos de su hermano y su mujer, muerta en Calabria. Pocos años se pasaron, y resonando el grito popular en el Vaticano (1297), hizo conferir canónicamente el título de santo al príncipe á quien ya todos se lo habían designado. *¡Regocíjate, casa de Francia, exclamó Bonifacio VIII, de haber dado al mundo tan gran príncipe! ¡Pueblo de Francia, rejocíjate de haber tenido tan buen rey!*

Joinville vivió bastante tiempo para ser testigo de esta alegría universal; y de esta manera termina su relación: *Fué gran honor en todo su linaje, para todos los que le quieran seguir;*

*pero será gran ignominia para los de su raza que no le imiten, y serán señalados con el dedo, diciendo que el bueno y santo hombre no hubiera cometido tal maldad ó villanía.*

Aquí se termina el gran drama de las cruzadas. Algunos destacamentos fueron aún á Palestina en esta época; pero los cristianos de aquel país comprendieron fácilmente que tan débiles socorros no podían salvar un reino, reducido sólo á San Juan de Acre. Cuando ascendió al pontificado Tebaldo Visconti, había dicho con el salmista, al dejar esta ciudad: *¡Jerusalen, si alguna vez te olvido, que el olvido se apodere de mi alma!* y en efecto, en el concilio de Lyon exhortó vivamente á la cruzada. Enviados mongoles, que habían ido para tratar de una alianza contra los musulmanes, se presentaron en esta asamblea, y algunos de ellos se convirtieron, ó al ménos recibieron el bautismo. Miguel Paleólogo prometía socorros; Rodolfo de Habsburgo se comprometía á tomar la cruz, pero el viento se llevó estas promesas. No se defendían, pues, aquellas miserables posesiones de la Siria sino con el mayor trabajo, y no obstante, el título de rey de Jerusalen era disputado entre el rey de Chipre, el de Sicilia y María de Antioquia, y muchas veces se peleó por un nombre al cual nadie sabía darle un valor real.

En el curso de los diez y siete años que Bibars reinó en Egipto, no pasó un sólo día sin que inquietara á los cristianos; pero no era ménos formidable con sus súbditos que con sus enemigos, porque temeroso de ser derrocado del trono de la misma manera que á él había subido, castigaba con la mayor atrocidad por la más leve sospecha. Así conservó la autoridad, aunque sin poder transmitirla á su descendencia, que fué suplantada por otros guerreros. Khalil-Asraf, el más valeroso de los emires, consumió la ruina de los cristianos, que ya no subsistían entonces sino en fuerza de hacer que se les olvidara, y bajo la promesa empeñada á los musulmanes de darles aviso tan luego como se preparara contra ellos alguna expedición en Occidente. Sea como quiera, el enemigo, después de haberse apoderado de Trípoli, marchó sobre Tolemaida, donde se encontraban reunidos los representantes de los reyes de Nápoles, de Chipre, de Francia, de Inglaterra, el legado

del papa, el patriarca de Jerusalen, el príncipe de Antioquia, las tres órdenes militares, genoveses, venecianos, pisanos, armenios, mongoles, cada uno con sus barrios, sus jurisdicciones, sus diferentes oficios; cada cual con su derecho de soberanía, haciendo rancho aparte, y con frecuencia de enemigo de los otros. Efectivamente, todos llevaban á aquel rincón de tierra, no sólo sus rivalidades nacionales, sino también las disensiones de su patria; una disputa suscitada en Ancona ó en Pisa, inducía á empuñar las armas en San Juan de Acre, y las casas se convertían en fortalezas. Allí mandaban todos y no obedecía nadie. Asediados los habitantes por Khalil-Asraf, pidieron socorros á Europa; pero estaban destinados á acabar como el Roldan de los romances, tocando el cuerno para demandar ayuda sin esperanzas de obtenerla. Reducidos á sus propias fuerzas, se defendieron como héroes y en especialidad los caballeros; pero al fin se desmoronó el último baluarte de las cruzadas (16 de Junio de 1291), y dos meses después cupo la misma suerte al escaso número de plazas que les quedaban á los cristianos. Entonces el sultán se halló sólo para tributar loores á Alá en sosiego, sobre aquella tierra en que durante algún tiempo habían vuelto á resonar las alabanzas á Jesucristo.

De las tres órdenes religiosas y militares, los caballeros teutónicos se engrandecieron en Alemania; los templarios excitaron con sus riquezas la codicia de un rey, que les suscitó acusaciones para condenarles al fuego; los hospitalarios se mantuvieron primeramente en la isla de Chipre, y después en las Rodas y Malta. Bajo el nombre de esta última se les conoció por mucho tiempo, y de este orden aún se conserva en el día una sombra.

Más de una vez aconteció entonces y después de esta época hablar en Europa de las cruzadas: nunca las olvidaron los papas, y los poetas apelaron á ellas en todos los idiomas; pero su estación había pasado. Raimundo Lulio y Marino Sanuto se esforzaron por reanimar el espíritu desfallecido. Como ya hemos visto, asistió el primero al concilio de Viena para hacer que se establecieran lenguas de cátedras orientales en las universidades de Roma, de Bolonia, de París y de Salamanca. Presentó al papa muchos escritos acerca del modo de abolir el

islamismo: después de haber recorrido la Tierra Santa, la Siria, la Armenia, el Egipto, retornó á contar los males que padecían los cristianos é indicar el oportuno remedio. Viendo que eran infructuosos sus afanes entre sus correligionarios, se encaminó á Africa con ánimo de convertir á los moros; pero no salió más airoso de esta empresa, y se retiró á Mallorca, donde se dedicó á escribir sobre el mismo asunto, y vuelto á Africa, recibió allí la palma del martirio. Fray Felipe Broussier de Savona, profesor de filosofía en París, escribió el *Sepulcro de Tierra Santa*, donde exponía los medios de recuperarla. Había sido enviado por Benito XI, en 1340, en unión de Pedro del Orto, cónsul de Caff, y de Alberto, de la misma colonia, á Uzbek, emperador del Kaptchak, de quien había obtenido que el cristianismo pudiera ser predicado en las comarcas próximas al mar Negro.

En 1321, Marino Sanuto bosquejó el plan de un desembarco en Egipto, calculando que quince mil infantes y trescientos ginetes, comprendiendo las naves, los víveres, las municiones y otros abastecimientos, podían ascender al gasto de 100,000 florines de 2 sueldos, lo cual equivaldría á 14,000,000 de francos. Tuvo la constancia de presentar su proyecto á todas las Cortes, si bien en todas partes no halló más que indolencia.

Petrarca excitó arduosamente á acometer de nuevo la empresa. «Habiéndose divulgado la noticia de este pasaje en Egipto y en Siria, los cristianos del país que se hallaban sometidos al yugo de los sarracenos, y especialmente los viajeros mercaderes que se hallaban á la sazón en aquel territorio, experimentaron graves opresiones y diferentes tormentos. Muchos de ellos fueron muertos por los señores sarracenos, apoderándose de cuanto poseían, bajo el falso pretexto de que eran los negociadores de aquel pasaje. Por eso un valiente religioso italiano, que se llamaba fray Andrés de Antioquia, afligido, en el fervor de su alma, de la injuria que recibían los cristianos inocentes, partió de Antioquia, y se presentó en la corte de Roma, establecida en Aviñon entonces. Llegó allí cuando el rey Felipe de Francia había vuelto de la peregrinación hecha desde Marsella á Aviñon, habiendo excedido con mucho el tér-